

# REVISTA DE REVISTAS

---

**Revista Calasancia** (27 de abril de 1924. Madrid). *Vinculación Hispano-Argentina* (1). *Medios eficaces para plasmarla en forma práctica*, por ANGEL CLAVERO NAVARRO, SCH. P.

## I

### *Prolegómenos*

Ciego será quien no descubra, en la inquietud espiritual que agita a España y a sus hombres representativos, un anhelo de reconstitución moral, material e intelectual. Es que se halla en un período de transición, de gestación diríamos, que, a no tardar, se manifestará por un alumbramiento salvador y extraordinario. De él saldrá una España nueva, activa y grande que reverdecirá las marchitas glorias de nuestros antepasados. Los que han juzgado muerta a España, o próxima a desaparecer del concierto de las naciones, se han equivocado felizmente. Lo que ha ocurrido es que, extenuada y desangrada, después del esfuerzo colosal que supone poblar y colonizar un continente, ha pasado por un período de postración que sus enemigos han calificado de muerte. La realidad de la España actual prueba que era sólo de descanso y renovación de energías. Una de las manifestaciones más vitales de ese despertar de la Madre Patria es el anhelo que siente de vincularse estrechamente con sus hijas, las repúblicas americanas.

Ese anhelo de vinculación presupone, evidentemente, cierto grado de desvinculación entre la vieja madre y las jóvenes hijas. Y es evidente que, a las luchas de la independencia americana, siguió un largo período de aislamiento que los años y la acción persistente de otros pueblos, interesados en que tal estado de cosas continuara, han ido ahondando cada día. Hubo en esto algo así como un falso espejismo, que inducía a los americanos a achacar a España todos sus males. Eso hacía germinar el odio, o una prevención nociva al menos

---

(1) Presentado este trabajo a un concurso público el autor ha debido concretarse a tratar el tema desde el punto de vista propuesto, que era del acercamiento hispano-argentino. Pero es obvio que la mayor parte de los medios aducidos como conducentes al logro de la ansiada vinculación, son de carácter general, valederos por consiguiente para cualquiera de las Repúblicas americanas de origen español. Por eso, donde dice vinculación hispano-argentina, debe leerse hispano-americana; que es el ideal de cuantos anhelamos que sea una realidad tangible lo que, actualmente, no pasa de ser una aspiración generosa. Deseable como es la aproximación hispano-argentina, ella es sólo una parte del programa que se extiende a todo el continente poblado, civilizado y colonizado por los españoles. De aquí, lo repetimos, que nuestras miras se dirigen al acercamiento hispano-americano, y que la restricción con que presentamos el tema en el escrito que sigue obedece, a las exigencias del concurso, de ninguna manera a exclusivismos, que están muy lejos de nuestro ánimo.

contra la antigua metrópoli y sus instituciones coloniales. «Nosotros, los hispano-americanos, diremos con un autor (1), somos muy dados a echar la culpa de nuestros males a nuestras instituciones españolas y a admirar las anglo-americanas, porque el éxito siempre conquista la admiración». Por fortuna son legión los americanos que empiezan a ver claro, y comprenden que España hizo en América muchas cosas buenas. Es el grito de la sangre y de la justicia histórica que los incitan a estrecharse con la Madre Patria, formando un solo haz de fuerzas, a vincular de una manera afectiva y efectiva con la noble «progenitora de naciones».

Esta vinculación es necesaria a España y América como condición *sine qua non* de su existencia como entidades autónomas y soberanas. Ante el avance, no siempre tranquilizador, de otros pueblos, que amenazaban su independencia espiritual y económica, han sentido la necesidad imperiosa de acercarse, el imperativo categórico de inaugurar una era de acercamiento y compenetración mutuas que les comuniquen la fuerza necesaria para resistir aquellos avances. De ahí el movimiento de aproximación que se ha iniciado aquende y allende los mares. Es el resurgir de una raza que tiene derecho a la vida, y afirma su deseo, su determinación, vigorosa y firme, de continuar su brillante historia.

Sin pretender tratar a fondo las causas que produjeron la desvinculación existente entre España y América, fuerza será señalar las más principales. Si ha de producirse el fenómeno contrario, el anhelado acercamiento ha de ser precisamente por la remoción, por la neutralización al menos, de los agentes que produjeron aquel estado de cosas. Uno de ellos, el más antiguo en el orden cronológico, y el más persistente en el momento actual, es sin género alguno de duda, la campaña sistemática de difamación que los enemigos y émulos de España hicieron contra su acción americana. Se ha fraguado una terrible leyenda negra en torno del nombre de España, de sus agentes y de su política colonial, y esa leyenda, repetida en todos los tonos, arraigó en las inteligencias y germinó en los corazones de los americanos, en forma de odio primero, de aislamiento después, de menosprecio más tarde. A raíz del hecho de la independencia americana, un sentimiento de animadversión contra la metrópoli hizo que se perpetuara semejante estado de cosas.

Fué, sin duda, ahora lo palpamos, un grave error de España mantenerse, durante tanto tiempo, sin reconocer el hecho consumado de la independencia americana. Porque, libres otras naciones de la concurrencia española, que hubiera sido siempre temible, hallaron el campo sin obstáculos, tomaron fuertes e inexpugnables posiciones, sembraron el recelo contra la metrópoli, la desacreditaron, y ahondaron la sima que la separaba de América. Resultado natural de esa conducta fué la introducción y predominio en el Nuevo Mundo de la literatura y del gusto francés; el avance sin obstáculos del elemento italiano; la penetración del capital inglés, la pérdida de las costumbres, instituciones y creaciones españolas, hasta tal punto, que ha podido afirmarse del príncipe de los poetas argentinos, de Andrade, que, excepto el idioma, nada español hay en sus poesías. Y aún éste, el lenguaje, ¡cuánto no ha sufrido! ¡cuántos giros netamente franceses no han tomado carta de naturaleza entre nosotros!

(1) T. Esquivel Obregón, *Influencia de España y Estados Unidos sobre México*, pág. 25. Casa editorial Calleja, Madrid, 1918.

Remover esas causas, será propender al anhelado acercamiento, que, si es una aspiración, dista mucho de ser un hecho real y tangible. Porque si bien «esa unión es ya un *hecho de conciencia* para los españoles de las dos Españas», es preciso remover muchos prejuicios y disipar muchos recelos, y trabajar muy ahincadamente antes de recoger el fruto de esa acción, hasta que podamos celebrar como una realidad viviente, la ansiada vinculación hispano-argentina. Somos los de nuestra raza muy *líricos* y es preciso precavernos del escollo del lirismo, tantas veces denunciado, que malograría el éxito de la empresa. Porque «pensar que una obra de acercamiento de verdad, ha dicho un americano (1), pueda fundarse únicamente en términos y puntos de vista puramente idealistas, y por obra y gracia de un sentimentalismo más o menos romántico, es ingenuo e infantil en un siglo y dentro de un ambiente materialista y práctico por excelencia, como el que rige la constitución de las sociedades modernas y las relaciones de vida de los pueblos. Y en verdad: dada la concepción materialista de las sociedades contemporáneas, no hay como los vínculos materiales para acercar los pueblos y fusionarlos. Habrá, pues, que tener muy en cuenta los agentes materiales, la vía de los negocios, entre los medios eficaces para plasmar el ideal de la vinculación hispano-argentina.

Pero toda la vida de los pueblos no se concentra en la materia. Constituida una sociedad por individuos dotados de inteligencia y de una vida afectiva, forzoso será tener presentes estas características, al fijar los medios de acercamiento entre dos pueblos. Porque, en definitiva, lo que gobierna al mundo, no es la materia, sino la inteligencia; no los valores de la Bolsa, sino los morales y los intelectuales. Por eso subscribimos estas apreciaciones del citado señor Zárate: «Yo entiendo que, con ser grandemente valioso el interés económico, el interés material, afortunadamente no es el decisivo en el mundo; y bien puede asegurarse que al interés moral, al interés espiritual, se han debido las aproximaciones humanas más fuertes y transcendentales» (2). Es indudable que esos factores morales han jugado un papel importante y decisivo en la obra de acercamiento realizada; y todavía les está reservada una influencia profunda en lo que resta por hacer. No son esos valores toda la obra, pero sí parte integrante de ella, y no despreciable por cierto. Las multitudes no razonan: los odios o los afectos colectivos son producto de la sugestión más bien que efecto de la reflexión. Y es indudable que nada como los discursos grandilocuentes para ganar el aplauso de las masas; nada tan apropiado para acercar a los pueblos como el recuerdo del origen común que los une. Estas reflexiones nos hacen afirmar con Rafael M. de Labra (3) que no hay que decir que basten para los grandes empeños de atracción las odas, los sonetos, las leyendas en prosa o en verso, las descripciones literarias, etc. Todo sirvió y ha servido, a pesar de lo que clamen ahora los críticos implacables y los pesimistas mejor o peor disfrazados, para atraer voluntades, atenuar preveniciones, rectificar juicios, aproximar gentes y facilitar la vista y al cabo la comprensión de los lazos comunes».

Abominamos de la política, porque, más bien que el arte de gobernar a los

(1) Rodríguez Zárate, *España y América*, pág. 47, Casa editorial Calleja, Madrid, 1917.

(2) Obra citada, pág. 23.

(3) Prólogo a la obra de Rodrigo Zárate, pág. 24.

pueblos, resulta prácticamente «arte ramplón—que se aprende mal y pronto— y en la española nación—es constante ocupación—de algún pillo y mucho tonto», como dijo Manuel del Palacio. No por eso dejamos de comprender que, en esta empresa del acercamiento hispano-argentino, hay un margen amplio para la acción política, tal vez la parte decisiva. Porque no se nos oculta que, aparte de la acción privada, individual o colectiva, siempre será necesaria la intervención oficial de los poderes públicos del Estado. Hay asuntos cuya solución no está al alcance de las colonias españolas, ni del mismo gobierno, puesto que rozan la soberanía, los derechos inalienables de todo pueblo libre. Estos asuntos tendrán que ser objeto de convenios entre España y la República; y, para llegar a solucionarlos, se impone una acción política bien definida y sabiamente orientada. De lo contrario, los resultados serán nulos, todo se perderá en tanteos, se malograrán las mejores oportunidades. «Tengo la íntima convicción, dice Labra (1), de que el empeño hispano-americano es ante todo un empeño *eminente político* en el más alto sentido de la palabra, que para él se necesita una acción de carácter eminentemente espiritual y de ninguna suerte reducida a trabajos literarios y eruditos».

En las páginas que preceden y en las consideraciones apuntadas queda bosquejado el plan de nuestro trabajo, según concebimos el tema *medios eficaces para plasmarlas en forma práctica*. Esos medios son morales, intelectuales y materiales; y dentro de cada una de esas categorías, abundan tanto los medios que la única dificultad con que tropezaremos al exponerlos, será, seguramente, habernos de concretar a las cien páginas fijadas como límite a los trabajos en prosa. Con esto saldrá favorecida la concisión, cualidad preciosa de toda obra literaria, pero será en perjuicio de la extensión, porque no podrá darse al tema toda la amplitud y desarrollo de que es susceptible.

**Civiltá Cattolica.** *Los Jefes de Estado y sus Gobiernos*, por P. G. GALLONI, S. J.

#### *La Religión y el Gobierno de los pueblos*

Debería ya ser hoy para todos una verdad de absoluta evidencia, aunque sólo fuera por la experiencia de tantos siglos, que el elemento religioso es el factor máximo para el orden público y para la consistencia de los Estados y de las Naciones, el primero y más necesario coeficiente de armonía social, de verdadero progreso y de verdadera civilización para un pueblo.

Un célebre político del siglo pasado, Guizot, que también militaba en un campo nada religioso por cierto, consagró esta gran verdad en una fórmula que es el exponente de las enseñanzas históricas de todos los siglos: «Jamás se fundó una sociedad que tuviese consistencia sin que se la hubiera dado una base divina». Palabra luminosa de verdad, tanto más autorizada cuanto menos es sospechosa de preconcepción en la boca del que la pronuncia; palabra que debería ser atentamente meditada por todos los que tienen responsabilidad de gobierno sobre la tierra y se hallan en el caso de cuidar los destinos de la sociedad.

No es difícil reconocer la justeza y la verdad de esta palabra, si se refle-

(1) *Ibidem* pág. 25.

xiona que solamente la religión, que es precisamente aquella base divina que debe darse a toda sociedad, solamente ella, repetimos, tiene en sí la virtud de despertar eficazmente en el hombre la idea y el sentimiento del «deber» y de la «obediencia»; de estos dos grandes principios que son los más indispensables en una sociedad para que reine en ella el orden, y sin los cuales todas las leyes, aun las más sabias, y todas las humanas precauciones, aún las más severas, no tienen fuerza alguna para contener al hombre y resultan para éste semejante a esas tormentas de verano que se desatan sobre la cabeza del viandante con horrísono estallido de truenos, pero de las cuales el viandante se ríe no bien logra ponerse a cubierto del aguacero que le amenazaba.

Con todo eso, entre todas las aberraciones de que pueden ser víctimas con perjuicio de la sociedad y con propio daño los que rigen los destinos de las naciones, la más perjudicial de todas es la que los impulsa a desinteresarse en sus gobiernos de los valores religiosos y a dejar a un lado la acción de la Iglesia en la obra de régimen que ejercen sobre los pueblos; pero todavía cuando no se limitan a una simple actitud de desinteresamiento o de negligencia, sino que trascienden a una obra positiva de desprecio y de demolición. Entonces ellos, consciente o inconscientemente, se convierten en los más funestos destructores del andamiaje social y acaban causando la ruina suprema de toda la sociedad, aun la mejor constituida, ya que, como muy bien dijo Pascal, y la experiencia de los siglos lo comprueba: «La manera más expeditiva de arruinar un Estado es hacer flaquear las creencias religiosas».

Nosotros que tenemos la fe, comprendemos inmediatamente que esta funesta consecuencia es inevitable para la sociedad cuando el que la gobierna se substrahe a las influencias religiosas; sabemos muy bien que, desde el momento que Jesucristo, con su religión, llevó a cabo la gran reforma civil y moral del género humano, ligó también a esta misma religión la suerte y los destinos de la humanidad, y la humanidad estará fuera de camino toda vez que de El se separe. Lo expresó el mismo Jesús con aquella frase, que es tan terrible y que debiera servir de amonestación a todos los pueblos y mucho más todavía a los que los gobiernan: «Qui non est mecum, contra me est, et qui non colligit mecum, dispergit... (Luc. 11, 23). El que no está conmigo, esta contra mí, y el que conmigo no recoge, desparrama.

#### *Las enseñanzas de la Historia*

Pero aun quien no tenga la fe que tenemos nosotros, sólo con que dé oídos a las enseñanzas de la historia, gran aleccionadora, no debe asombrarse ante semejante aniquilamiento de que es víctima la sociedad cuando se aparta de Jesucristo y, por obra de quien la gobierna, se ve substraída a las bienhechoras influencias de su religión.

Ahí están veinte siglos de Cristianismo para atestiguar este hecho, a saber, que la civilización y la cultura, que constituyen el orgullo de las generaciones surgidas después de la época sombría del paganismo, no lograron desenvolverse sino a la sombra de la Cruz, y que si los pueblos y las naciones pasaron del estado de barbarie al estado de perfeccionamiento moral y social, ello sobrevino únicamente como corolario de la influencia cultural religiosa.

Y esos veinte siglos de Cristianismo están ahí para atestiguar también otra gran verdad histórica, a saber, que los pueblos siempre y en todas partes de-

cayeron de su civilización (hablamos de civilización verdadera, no de civilización aparente y de sólo esplendor material) y regresaron a la barbarie, cada vez que se alejaron de los principios cristianos; y cuando quisieron reconquistar las cumbres de donde habían caído, y devolver a su civilización el primitivo brillo de perfeccionamiento moral y social, no lo consiguieron por otro camino más que reconociendo a los principios cristianos su valor y volviendo a gobernarse con las máximas y directivas de la religión.

Verdad histórica tan universal y tan inmutable, que revela una absoluta y auténtica trabazón de «causa» y «efecto» entre cristianismo y civilización y nos autoriza a dejar establecida, con respecto al desenvolvimiento de la civilización y del progreso de los pueblos, esta gran ley histórica que no admite excepciones: «Tal civilización y tal progreso, siempre y en todas partes, ascienden o declinan según que los pueblos se acercan a Jesucristo o se apartan de El. ¡Ah! y queda siempre la del «el que no está conmigo no recoge, desparrama», que no obstante todos los esfuerzos humanos en contrario, y todos los más sútiles expedientes y previsiones sobre los que basa sus cálculos la sabiduría laica de los que gobiernan los pueblos, encuentra su comprobación inexorable y tremenda!

#### *El laicismo del Estado y sus frutos*

Frente a estas lecciones tan elocuentes y precisas de la Historia ¿qué cosa, en consecuencia, puede haber más lógica y más puesta en razón para cualquiera, aun para quien personalmente no tenga una creencia religiosa, que reconocer la suprema importancia y la absoluta necesidad del elemento religioso en el gobierno de los pueblos, y también la necesidad imperiosa de someter la sociedad a la acción bienhechora de este elemento, si se quiere encaminarla con positiva eficacia por las vías de la civilización y del progreso?

Y precisamente es lo contrario lo que en nuestros días prevalece. La mentalidad de los modernos gobernantes, que se ha mostrado miope en la solución de tantas otras cuestiones, en esta más que en ninguna ha dado pruebas de su miopía, y olvidando todas las enseñanzas de la Historia, todas las grandes lecciones de la experiencia de tantos siglos, se ha querido como petrificar en la blasfema fórmula de la revolución francesa:—«Ni Dios, ni Iglesia»;—ha substraído cínicamente las multitudes a toda influencia religiosa y oficialmente ha descristianizado la sociedad, sometiéndola a un régimen puramente laico y de carácter totalmente arreligioso.

Y los frutos que moral y socialmente se han recogido, no han sido distintos de los que se recogieron siempre y en todas partes que la religión fué desterrada del régimen de los Estados.

Los gobernantes modernos, que no han querido saber de pueblos creyentes, han tenido en cambio una turba de malvados y de destructores de todo orden moral, civil y político, y han llevado nuestra sociedad a debatirse en un estado de crisis sólo parecido al que describe Tácito, de la sociedad pagana de su época.

La sociedad pagana de los tiempos de Tácito había llegado a punto tal que el gran escritor exclamaba, consternado: «Ella no puede ya sufrir sus males, ni los remedios de sus males; busca la libertad y cae en la licencia; es rebelde a toda ley y a todo freno, y mientras invoca la fraternidad, ve continuamente

salir de su seno hombres que estarían prontos a sepultar a sus hermanos bajo las ruinas de ciudades enteras».

Al leer estas palabras del gran historiador pagano, ¿no parece acaso oír la descripción del estado en que se encuentra la sociedad de nuestros días, después que los poderes civiles han roto con la obra educadora y salvadora de la Iglesia, y han instaurado para el gobierno de los pueblos una economía de régimen en la que todo entra y todo tiene valor, menos Dios y su religión?

### *De la Iglesia la salvación*

Y téngase presente que si hoy las cosas no han llegado todavía para la sociedad al total aniquilamiento, si todavía en la sociedad se da el bien, y persiste aún en las grandes masas un fondo de buen sentido y de rectitud moral, si, en una palabra, en estas masas el sentimiento del deber y de la obediencia no se ha del todo apagado hasta ahora, ello es siempre debido a la influencia de los principios cristianos y de la obra de la Iglesia.

Sí, de los principios cristianos; porque nuestras multitudes estaban de ellos profundamente saturadas, para de ellos poderse despojar completamente en un momento y no sentir en manera alguna sus benéficas repercusiones; de ahí que esas multitudes, aun cuando debido a la obra demoledora de la impiedad moderna y del laicismo de los gobernantes, fueron descristianizadas, han seguido en gran parte pensando cristianamente y comportándose en muchos casos con mentalidad cristiana.

Más que nunca es también debido a la obra de la Iglesia, la que, aun puesta al margen por los gobernantes, excluída de toda participación en la formación civil de las masas, y también frecuentemente contrariada y combatida encarnizadamente, no ha dejado por esto de cumplir su misión moralizadora del pueblo, ha tratado de paralizar en toda forma, con una acción de apostolado cada día más variada y más intensa, la obra de descristianación del laicismo imperante, y se ha empeñado con todo afán en contraponer a la onda de muerte que arrollaba las muchedumbres y las arrastraba al escepticismo y a la irreligión, un soplo vivificante de espiritualismo, que las mantuviese en el dominio de la fe de sus mayores y bajo la bienhechora influencia de la religión que civilizó los pueblos.

Y, sin embargo, estos gobernantes laicos, que haciendo suya la divisa de los revolucionarios franceses del 89, han dicho «ni Dios, ni Iglesia» y a Dios y a la Iglesia los han suprimido en sus sistemas de gobierno, si hoy tienen todavía la suerte de dominar sobre muchedumbres que no están enteramente maleadas y conservan todavía en su vida moral y en su vida civil un fondo de bondad, si quisieran ser justos, deberían estar agradecidos a la Iglesia que afortunadamente ha conseguido por lo menos en parte paralizar la obra destructora de su incipiente acción gubernativa, y ha impedido que la mala semilla por ellos sembrada produjera en el seno de la sociedad todos sus funestos frutos.

Sin la obra de la Iglesia y la constante y férvida propaganda de quien, en medio del auge del anticlericalismo y del laicismo político tendiente a descristianizar la sociedad, se ha prodigado en mil modos para conservar a ésta cristiana, estén bien seguros nuestros gobernantes de que no tendrían hoy bajo su mando hombres civilizados sino solamente bárbaros. Sí, bárbaros; porque el hom-

bre, sin Dios, y la Historia de los pueblos ampliamente nos documenta al respecto, resulta necesariamente un bárbaro en el fondo de su alma y el de su corazón, aun conservando exteriormente las apariencias y hasta la «pose» del hombre civilizado; porque en él, al apagarse el sentimiento de la divinidad, se han atrofiado y como dispersado todos aquellos principios y todos aquellos sentimientos de orden superior que hacen que sobre el bárbaro prevalezca el hombre civilizado, y solamente han quedado las tendencias y los elementos que pervierten el recto raciocinio y hacen que sobre el hombre racional prevalezca el hombre bestialmente animal.

Y de otra cosa más todavía pueden estar persuadidos los hombres de gobierno de nuestros días y aquí también la Historia de los pueblos nos brinda luminosas enseñanzas; persuadidos pueden estar de que inútilmente trabajarán para despojar a la sociedad de aquella dosis de barbarie que le ha sido inculcada con los sistemas de gobierno laico hoy en uso, si no se toman en cuenta para la formación de las masas los factores religiosos y si a Dios y a su Iglesia no vuelve a dárselos en el consorcio social el puesto que les corresponde.

#### *Testimonios autorizados*

Un día, el santo Pontífice Pío X, que tenía entablada una rudísima lucha contra un gobierno rígidamente ateo de una nación limítrofe con la nuestra, y lloraba sobre las ruinas espirituales que por obra de dicho gobierno se acumulaban sobre esa nación, llamada un tiempo la nación cristianísima, dirigiendo la palabra a una representación de la misma, exclamaba: «expliquémonos claramente: Nos no pedimos a los miembros de vuestro gobierno que vayan a misa, por más que nos conduela el que no quieran ir. Todo lo que nosotros pedimos, ya que se jactan de no reconocer sino los hechos, es que admitan un hecho notabilísimo, esto es, la existencia de una iglesia católica, su constitución y su Jefe, que somos Nos en la actualidad».

No desconocer prácticamente este hecho, ante bien reconocerlo jurídicamente, y con la cordura de gobernantes previsores saber emplearlo como el factor principal de gobierno, porque es el más a propósito de todos para tener una saludable regeneración social; he ahí el primordial deber de todo Jefe de Estado y de todo momento, el más infalible secreto para mantener los ideales y asegurar los destinos de la sociedad, y encontrar una solución segura a los inquietantes problemas de orden, y de paz que la atormentan.

Es de desear y es de pedir como gracia especialísima del cielo que todos, pero especialmente aquellos que están al frente de los Estados y rigen sus destinos, comprendan esta verdad, y, de conformidad con ella, inspiren la economía de régimen.

Sería muy de desear por el bienestar común, que todos los gobernantes, frente a los males que pesan sobre nuestra sociedad, en medio de las febriles ansias en que se debate para salir de un estado de incertidumbre que envenena la vida, entre las invocaciones y los suspiros por una paz doméstica y social que afanosamente se busca por todas partes y por todos los medios humanos, sin encontrarla en lugar alguno ni por ningún camino; sería, decimos, muy de desear que todos los gobernantes raciocinaran como raciocinaba el jefe de una de las repúblicas más ricas, y poderosas de la tierra, Harding, el recién

fallecido presidente de la gran República de los Estados Unidos, cuando hace apenas tres años tomaba en sus manos las riendas del gobierno de aquel pueblo fuerte y laborioso.

Hablando Harding a una muchedumbre de más de veinte mil ciudadanos y refiriéndose al estado de abatimiento, de exasperación, de inquietud de depresión moral, civil y económica en que se encontraba el mundo a raíz de la gigantesca y bárbara guerra que lo había destrozado, acentuando a la vez y poniendo al descubierto tantos males, acumulados en el seno de la sociedad en tantos años de abandono de Dios y de la religión, exclamaba: «Quiero declararos, ciudadanos y amigos, que, al considerar el estado actual de la sociedad bajo todos los aspectos, lo que más que nada necesita el mundo en la hora presente es un poco de devoción religiosa. Yo estoy convencido de que todos nosotros, quien de un modo y quien de otro nos hemos alejado de ella, y si yo debiera indicar los medios y los remedios para la paz, propondría con entusiasmo las enseñanzas del Rey de la paz. Acaso, alguno, ante el desastre, que ha convulsionado al mundo cristiano, ha pensado que el Cristianismo ha hecho de menos a la humanidad; no, no es el Cristianismo quien ha hecho de menos a la humanidad, sino la humanidad quien ha hecho de menos al Cristianismo. Si todos nosotros pusiéramos en nuestra vida un poco más de santidad, un poco más de moralidad, un poco más de verdadera devoción para con Dios, estoy convencido de que podríamos avanzar con paso más rápido y seguro hacia la paz durable, que no con todos los otros medios...»

**Revista Católica de Cuestiones Sociales** (Marzo y Abril de 1924. Madrid)  
*El problema social más importante* (La enseñanza y la educación religiosa)  
*La formación del obrero* (El problema gravísimo del trabajo), por MANUEL S. CUESTA.

*El problema social más importante*  
 (La enseñanza y la educación religiosa)

El hecho de que en la provincia de Córdoba haya un 70 por 100 de analfabetos—hecho que no en tanta proporción se repite con excepción de dos o tres provincias en toda España, donde el analfabetismo es plaga—dió ocasión a S. M. el Rey, en conversación mantenida con el Prelado que rige la diócesis cordobesa, Excmo. Sr. Dr. Pérez Muñoz, para exponer sus deseos de fomentar la instrucción pública, y al Obispo para proponer que, allí donde la acción del Estado no llegue y no existan maestros, se solicite a los párrocos para dar la enseñanza primaria.

He aquí dos cuestiones que se complementan y que merecen ser tratadas. En España faltan elementos de instrucción. El censo escolar pone de manifiesto que faltan escuelas, y la deficiencia es tal, que dos terceras partes de la población infantil está privada de asistir a ella. Y por otra parte constituye un problema el carácter de la enseñanza pública, en la que se ha quitado importancia cuando se ha prescindido de la educación religiosa, con el pretexto sectario del respeto a la llamada libertad de la conciencia, que inspiró a un Gobierno liberal el decreto declarando voluntaria la enseñanza del Catecismo en las escuelas y de la Religión en los Institutos de segunda enseñanza.

La infancia y la juventud españolas que asisten a los centros docentes del Estado, carecen pues, salvo desde la Providencia hace que el maestro sea sinceramente católico, de aquella instrucción que es, no sólo principio de toda sabiduría, sino base de formación patriótica y ciudadana; y ese árduo problema de cultura de que se habla, no sólo lo es en su aspecto de difusión, sino en el aspecto harto más importante de su carácter.

Repetidas veces nos hemos ocupado en estas páginas de la necesidad social de atender con todo escrúpulo y constancia a la escuela, donde la inteligencia del niño debe recibir la semilla de los principios de la religión católica, punto de partida para que pueda florecer después la acción social católica que se desarrolla cuando el niño, convertido en hombre, es atraído por la influencia revolucionaria que sobre él se ejerce, y a la que se quiere contrarrestar para evitar los resultados funestos que de ella dinamam.

Se pretende ahora por el Directorio militar, al que preocupa en mucho combatir la falta de instrucción, extender la acción oficial del Estado hasta donde sea posible, y aquí es oportuno consignar: primero, que debe cooperarse a la difusión de la enseñanza en los términos más amplios por lo que a extensión se refiere, de forma tal que llegue a todos; segundo, que esa enseñanza ha de ser fundamentalmente religiosa, por ser necesario así, tanto para el bien particular como para el bien común.

Airadamente, invocando el consabido tópico liberal de la libertad de la conciencia, lo que al tratarse de privar a los alumnos de la enseñanza religiosa, equivale a condenar su inteligencia al error, los escritores racionalistas se oponen a la propuesta hecha por el Consejo Superior de Instrucción Pública, que informa al Directorio en sentido de que establezca como obligatoria para el profesorado y para el cuerpo escolar aquella enseñanza, en consonancia, con el unánime deseo de la opinión nacional, como lo demuestra el hecho de que, concedida a los padres la facultad de privar a sus hijos de la enseñanza de la Doctrina Cristiana, ni un solo caso se ha dado, desde que la disposición fué dictada, en que se haya acogido a ella nadie.

Y es natural que sea así, porque está en el ánimo de todos, no sólo el freno moral que la religión es para las malas pasiones del hombre, sino que la educación de los sentimientos no se adquiere con fórmulas algebraicas, sino inculcando los divinos preceptos en los corazones.

Un brillante escritor católico ha dicho:

«La cultura liberal es esa que por la pluma de Renán rechaza a Jesucristo y aplaude a Judas, que era ladrón; y con la política de sus secuaces condena a Cristo y salva a Barrabás, que también era ladrón.

«La cultura liberal ha tenido aplausos para Caín, fratricida, y para la banda de Coré, sacrílegos revolucionarios, no digamos para Satanás, con el estro de Carducci».

Pase que la enseñanza sea obligatoria, pero sin que el Estado usurpe este derecho que corresponde a la paternidad, ni menos que imponga un género determinado de enseñanza, pues lo que al Estado toca es ejercer una acción tutelar e inspectora y viene obligado en todo caso a acatar y a someterse a las enseñanzas de la Iglesia, a la que como sociedad más perfecta y sobre todo por su origen divino, corresponde ejercer el supremo magisterio, al que todos los demás se hallan subordinados.

Esto en el aspecto moral, mas en el aspecto político ¿qué enseñanza sino la católica puede hacer de los hombres, temerosos de Dios, buenos hijos, buenos padres, exactos cumplidores de los deberes para consigo mismos y para con sus semejantes, que es en suma hacer buenos ciudadanos? Quien no ama a Dios ni observa su santa Ley ¿en virtud de qué razón ha de obedecer las leyes humanas, ni ha de respetar las jerarquías sociales, ni ha de someterse a la autoridad dentro del orden instituido?

La autoridad humana es respetable en cuanto procede de Dios, y nada más; porque contra la fuerza existe la fuerza, contra la imposición la rebeldía, contra el convencionalismo social la inadaptación, y si a la jerarquía se le despoja de su origen verdadero, si la resignación—que es virtud exclusivamente cristiana—desaparece ¿qué mucho que la anarquía estalle, y el comunismo busque la nivelación, y la democracia revolucionaria destruya, con las prerrogativas inherentes a cada clase, el funcionamiento social, el orden, sin el cual la sociedad se deshace?

El ejercicio del magisterio en todos sus grados debe constituir una vocación. No puede ni debe ejercerle quien no se sienta impelido por el deseo de comunicar a sus semejantes los principios eternos del Bien y de la Verdad. El Bien y la Verdad nacen de la fe religiosa. De esto se deduce que el maestro ha de ser profundamente religioso y estar capacitado para moldear a la vez la inteligencia y el corazón de sus discípulos. Enseñarlos y educarlos. Esa es la misión docente. De ella dejó muestra elocuentísima el glorioso P. Manjón. De ella da ejemplo don Manuel Siurot en sus famosas escuelas del Sagrado Corazón, en Huelva.

De aquí que esa misión de enseñar compete, con grandes demostraciones de su razón, a los sacerdotes.

En los claustros de los templos españoles nació la escuela pública. Desde los principios de la labor docente fueron los clérigos los encargados de transmitir la cultura. La sotana fué traje escolar de aquellos «sopistas» que elaboraron la hegemonía intelectual española de nuestros siglos de oro.

No puede ser más acertada y oportuna la propuesta del Obispo de Córdoba al Rey. ¿Quién mejor que el párroco puede desempeñar la función docente en los pueblecillos abandonados por la indiferencia oficial?

Una de las asignaturas que debieran cursarse en los Seminarios es la Pedagogía. El sacerdote podría muy bien obtener título profesional de maestro. El «dejar que los niños se acerquen a mi» debe ser más que lema, precepto cuyo cumplimiento debiera recobrase. La escuela parroquial debiera existir en todas las parroquias, junto al templo, como en el pasado. Es misión del sacerdote la de enseñar. «Id y enseñad a todas las gentes».

Encomendar la enseñanza primaria al clero, en aquellos pueblos por lo menos a donde no llegue el presupuesto del Estado, no haría gravoso un desembolso por gratificación, que al propio tiempo resolvería la situación precaria del humilde clero rural.

Y si el sectarismo liberal grita, recabando para el laicismo la escuela, la contestación que ha de dársele, después de despreciar los tópicos—como aconseja Mussolini—es la de mostrar el estado de incultura afrentosa de la inmensa mayoría de la nación, la obra del Estado liberal docente; que si en provincias como Córdoba hay un 70 por 100 de analfabetos, en alguna otra este

porcentaje es mucho mayor, aunque parezca hipérbole tal afirmación, que para vergüenza del liberalismo docente consignan las estadísticas.

### *La formación del obrero*

#### *El problema gravísimo del trabajo*

El último suceso político acaecido en Inglaterra—la llegada a las esferas del gobierno del partido laborista, que arrojando lastre revolucionario, se dispone a defender los sagrados intereses del vasto imperio inglés, y no rehuye hacer alardes de militarismo, como el realizado recientemente en aguas del Mediterráneo,—hace pensar ya a los socialistas españoles en cambiar el rumbo que venía siguiendo y en aspirar a colocarse en situación de tomar parte en los trabajos encaminados al engrandecimiento nacional.

No pasa inadvertido este propósito de evolución para el Directorio militar que gobierna, y atento a un porvenir tal vez próximo, en el que perezcan las tendencias revolucionarias que ha animado en estos últimos tiempos al proletariado socialista y sindicalista, ha expuesto planes de gobierno, que ojalá den pronto sazonado y sabroso fruto.

Un día con motivo de una fiesta de confraternidad obrero-patronal, el general Primo de Rivera pronunció un discurso exaltando el sentimiento religioso, base del orden social, y aconsejando, a unos y a otros, conformidad con el destino de cada uno en la vida, el cumplimiento estricto del deber en la esfera que Dios ha colocado a cada cual, y armonía en las relaciones del trabajo y del capital, sin lo que es imposible la paz, y, por tanto, los bienes copiosos que de la paz se derivan.

Poco después, una alocución del gobierno pedía a los elementos obreros reflexión y consciencia de la misión que les está encomendada, y señalando las causas del malestar social que a todos intranquiliza, dándole como remedio el trabajo, la intensidad en el trabajo, de forma que, desaparecida la mollicie actual, origen de cuantos vicios corroen al proletariado, se restablezca aquel concepto exacto de la vida que impone, sin excepción de personas, deberes que cumplir, tanto más penosos, cuanto que el trabajo es castigo al que la humanidad ha de estar sujeta, porque si el relativo bienestar material posible ha de lograrse, ha de ser ganándolo con el sudor de la frente.

Y, por último, convencido el gobierno, como todo el mundo lo está, de que el problema que hoy tienen que resolver los pueblos, es el de la producción, acaba de plantar los jalones de un nuevo régimen de enseñanzas profesionales, cuyos efectos han de ser la desaparición del aprendizaje, para convertir al aprendiz, víctima ahora de una iniciación profesional dura y depresiva, en alumno del oficio o arte a que pretende dedicarse, obteniendo en escuelas profesionales aquellos conocimientos técnicos, teóricos y prácticos que le permitan pasar a las fábricas y talleres perfectamente formado para ganar su vida.

El director del Museo Social de París, señor Lichtenberger, en la conferencia que ha dado en la Academia de Jurisprudencia de Madrid, acerca del tema «el deber social de hoy», ha sostenido que la salvación y el mejoramiento de la civilización depende del esfuerzo de los contemporáneos, y ha señalado como deber inexcusable el de producir mucho y bien, forma la más adecuada

para llegar al nivel económico perdido a consecuencia de la perturbación originada por la gran guerra.

El problema gravísimo de nuestros días, es en efecto, el del trabajo. Lo que más urge, es la regeneración del trabajo. Porque la vuelta a la labor consciente y a la normalidad de la producción, no sólo supone un bien material, al reflejarse sus beneficios en el abaratamiento del coste de la vida, sino lo que es más importante, la restauración del principio moral del cumplimiento del deber, que dimana a su vez de principios de orden más elevado, porque el cumplimiento del deber exige sacrificio y el sacrificio no se acepta sin miras de elevación espiritual, y anteponiendo fines espirituales, al mezquino fin del goce material, que enervando al hombre, no le permite apartar los ojos de la tierra.

Transtornó el sindicalismo revolucionario, el orden natural del trabajo. El afán inmoderado de lucro, empujó al proletariado a la organización rebelde. La utopía de un igualitarismo imposible, le lanzó a satisfacer aspiraciones que están fuera de lo lícito y de lo lógico. Y las consecuencias naturales fueron, aquella propensión a la violencia nacida de las exhortaciones de los agitadores que hicieron del obrero instrumento de sus manejos.

Pretendió y consiguió el sindicalismo, nivelar el esfuerzo y la renumeración de los trabajadores, pero no a la altura de los mejores—que no estaba en su poder—sino de los peores, porque es destructor y empobrecedor el efecto revolucionario. Y con ello, mató el estímulo, mató la iniciativa personal, redujo a los aptos a la talla de los ineptos, y su obra nefasta culminó en aquel consejo que se convirtió en principio del sindicalismo: Trabajad poco y mal.

Tal es la dolencia que aqueja a la producción nacional y que plantea el problema gravísimo del trabajo.

Hay que restaurar el concepto del deber, hay que inculcar en el trabajador, que comete un pecado y un delito, al no rendir el esfuerzo que la renumeración que percibe exige. A tal punto de que así como el patrono que no remunera en justicia el trabajo de sus obreros les estafa cuando menos, así el obrero que no preste el trabajo que le fué contratado y con la perfección debida, estafa cuando menos también al patrono.

Se impone, como la alocución del Directorio al proletariado decía, no sólo trabajar y trabajar bien; sino respetar la libertad del trabajador y respetar el esfuerzo de cada uno.

Y cooperar a la formación del obrero, no sólo técnicamente, sino moralmente.

Porque de poco servirá formar obreros aptos, si al propio tiempo no se formaran hombres de bien; de poco sirve el trabajador competente y diestro, si el hombre es víctima de las sugerencias del vicio; de poco servirá la perfección técnica, si quien la posee carece del concepto de su misión, y repugna el trabajo en vez de amarlo como elemento redentor, y utilizarlo al propio tiempo que para cumplir los fines individuales de la vida, el fin colectivo que la solidaridad social impone.

---